

dócil á su autoridad ahora. En cuanto á los diputados de las provincias, no les pidió sino que fueran á quemar incienso en sus altares (1).

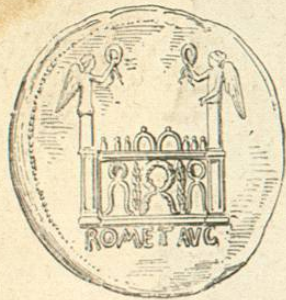
#### V.—ORGANIZACIÓN DE LAS PROVINCIAS DEL IMPERIO.

De los diez y ocho años que siguieron á la batalla de Accio, pasó Augusto once en las provincias y empleó estos once años en poner orden en el caos producido por medio siglo de revoluciones (2).

La Galia y España lo ocuparon desde luego. A estos países se trasladó á fines del año 27, después de haber obtenido legalmente en Roma, adonde dejaba de cónsul á Agripa, todos los ejércitos y la mitad de las provincias.

Iba, según se decía, á realizar los designios de César contra los bretones, y la poesía cantaba ya sus victorias en los últimos confines del mundo (3).

Pero Augusto calculó que en esta expedición, había muy poco que ganar y mucho que arriesgar por su parte, y dejó



Altar de Lyon en un gran bronce de Tiberio (reverso) (4)

en su libertad á los bretones. Estrabón tiene por muy prudente esta resolución. «Éstímase, dice, que los derechos que pagan estos insulares por nuestras mercancías exceden de lo que reportaría un tributo anual.»

Esta política dió buenos resultados: los jefes bretones enviaron al emperador respetuosas embajadas, y ofrendas que consagraron en el Capitolio. Augusto empleó el tiempo

que hubiera perdido en esta conquista en organizar lo que ya se había conquistado.

A pesar de las victorias de Agripa en el año 37, la Galia había quedado mal segura, á lo menos en sus extremos, en la Aquitania, que se apoyaba en los Pirineos como en una fortaleza, y en la Bélgica, donde la vecindad de los germanos mantenía la agitación. Apenas desembarazado de Antonio, envió Augusto á Galia tres ejércitos, que reprimieron estas últimas convulsiones de la moribunda libertad (29 a. J. C.). La primera conquista, la del suelo, estaba pues terminada; quedaba aún la segunda, la más difícil de hacer, la de los ánimos y las costumbres, porque la organización social que tan heroicamente había sostenido la lucha, subsistía íntegramente, y los druidas continuaban atrayendo á la multitud á sus juicios, á sus escuelas, á sus sangrientos sacrificios.

Pero si Augusto no era el hombre de la fuerza, era en cambio el hombre de la habilidad y de la maña: él no hu-

(1) Los sucesores de Augusto mostraron durante mucho tiempo la misma desconfianza en los miembros de la aristocracia provincial. Para pretender un cargo del Estado, debían emplear la tercera parte de su riqueza en bienes raíces en Italia (Plinio, *Epist.* VI, 19). Para ser senadores debían residir en Roma, y no podían visitar su país sin autorización del emperador.

(2) De setiembre del 31 á agosto del 29, residencia en Oriente. De fines del 27 á fines del 24, estancia en Galia y España. El invierno del año 22, en Sicilia; el año 21 en Grecia y en Samos; el 20 en Asia, Bitinia y Siria; el 19, en Samos y en Atenas, y el 12 octubre vuelta á Roma. A mediados del 16, otra vez á Galia y vuelta á Roma el 13. Volvió muchas veces á Galia en los años 10 y 8. La organización de las provincias, según Dion y Zonaras, fué el objeto de todos estos viajes.

(3) Horacio, *Carm.* I, XXV; IV, 1, 149.

(4) Comarmond, *Descripción de las antigüedades, etc., de la ciudad de Lyon*, p. XXVI, núm. 4.

quiera conquistado la Galia, pero supo transformarla. Tres cosas hizo, que prueban esta habilidad perseverante, paciente, ese arte de adormecer y extinguir, que fué todo su genio:

Estableció divisiones administrativas, concebidas de tal manera que rompieran las antiguas federaciones ó clientelas.

Distribuyó desigualmente los privilegios en estas provincias para crear entre los galos intereses diversos, como el senado había hecho en Italia, después de la guerra de la independencia.

Finalmente emprendió la obra de convertir á los hijos de los druidas al politeísmo romano; y acabamos de ver de qué manera lo consiguió.

La Narbonense, dócil de mucho antes, conservó sus antiguos límites, pero recibió numerosos colonos en muchas de sus ciudades, y se llevó hasta el Loira la frontera de la Aquitania, para que, al Oeste, una masa de poblaciones gálicas sirviera de contrapeso á la compacta masa de las tribus aquitánicas. En el Este, toda la orilla izquierda del Rin desde las fuentes del río hasta su desembocadura, quedó sujeta á un mismo mando militar; más tarde formó Augusto de estos países dos provincias, La Céltica, reducida á la mitad, se llamó desde aquella época la Lugdunense (5).

En las tres provincias *cabelludas* «hizo un empadronamiento de los galos, dice uno de sus historiadores, y ordenó su vida y condición políticas.» En ciertos pueblos cambió los límites de su territorio (6), el nombre ó el sitio de su capital, á fin de borrar los hábitos y recuerdos del tiempo de la independencia. Poblaciones enteras habían sido exterminadas, y dió sus territorios á las ciudades vecinas; las maltratadas por la guerra fueron reunidas á otras; clientes pasaron á la condición de Estado autónomo, y lo que quedaba de las trescientas naciones mencionadas por Josefo, Apiano y Plutarco se repartió en sesenta circunscripciones municipales. Era, poco más ó menos, el número de los pueblos que habían figurado en la historia de la antigua Galia; de modo que Augusto, según su costumbre, parecía no cambiar nada, cuando todo lo cambiaba. Para la administración de justicia, se dividieron como las demás en conventos jurídicos.

Augusto no fundó nuevas colonias en las provincias cabelludas, porque no quería despoblar á Italia para latinizar la Galia: prefirió concentrar la vida romana en la Narbonense, como en un foco de donde irradiara á la Céltica; pero lo que no podía hacer por medio de colonos, hizo por sí mismo contrayendo lazos con multitud de ciudades que tomaron su nombre y cuyos habitantes vinieron á ser clientes suyos.

Dejó á los eduos, á los lingones y á los remos el título de aliados del pueblo romano, y lo concedió también á los carnutos, porque al Sur, al Norte y al Este había tres poderosos pueblos interesados en el sostenimiento del nuevo orden de cosas. A otros diez permitió conservar sus leyes, *civitates liberae*, y la jurisdicción de sus magistrados. A los

(5) Puede deducirse de un pasaje de Tácito (*Ann.* III, 41) que la 1.ª y la 2.ª Germania estaban ya formadas en el 4.º ó 5.º año de Tiberio; y hablando de un sacerdocio *ad aram Ubiorum* (*Ibid.* I, 39, 57) autoriza á creer el mismo Tácito que esta organización data del reinado de Augusto.

(6) Hizo estos cambios de límites aun en antiguas ciudades romanas... *urbes... numero civium ampliavit quasdam et finibus* (Higin. *de Limit. const.* p. 177 y 119). Con mayor razón debió hacerlos en la Galia. Estos cambios eran un principio del sistema de administración de los romanos.

auscos, el pueblo más poderoso de la Aquitania, á los con venes (Saint-Bertrand de-Comminges) que conservaban el paso central de los Pirineos, y á muchos pueblos de la Narbonense, concedió el derecho de los latinos, que era como un grado para la ciudadanía romana. Se apetecía este último privilegio, porque daba la igualdad con los vencedores, pero Augusto era parco en concederlo y solamente lo confería á particulares sobre quienes este título llamaba la consideración y los honores municipales.

Así pues hacía Augusto á los pueblos y á los individuos de condiciones diversas: mostraba á los interesados el camino por donde se llegaba al favor imperial, y ejerciendo sobre la Galia una presión desigual, impedía que se formara un odio común contra los dominadores extranjeros.

Aumentó el tributo, pero lo repartió con mayor equidad, y á fin de asegurar la policía del país, declaró á los sesenta pueblos galos constituidos en cuerpo de nación, *civitates*, responsables de los desórdenes que sobrevinieran en sus ciudades ó en sus cantones (*pagi*).

Dióles una capital enteramente romana, Lyon, recién fundada por Munacio Planco para desterrados de Viena, en la montaña de Fourviers. Asentada en la pantanosa confluencia del Saona y el Ródano, casi en el punto de encuentro de las cuatro provincias, y á dos pasos de los Alpes, Lyon estaba admirablemente situada para llegar á ser la mayor de las ciudades transalpinas. Sin historia, sin recuerdos, sin lazos patrióticos con las naciones cabelludas, iba á recibir y derramar sobre la Galia el espíritu de Roma.

Augusto aumentó la colonia de Planco, de que hizo el centro de la administración romana en la Galia cabelluda, le dió un taller monetario para la acuñación de monedas de oro y de plata con el sello del emperador, y una cohorte de guarnición para la seguridad de los numerosos agentes que retenía allí el servicio imperial (1). Era la segunda ciudad del imperio, y Agripa se dió buena prisa y no poca maña en hacer partir de sus puertas cuatro grandes vías, que corrieron á través de los montes, desde la Auvernia, por Limoges y Saintes, hasta el Océano; por Autun, Sens y Beauvais, hasta la Mancha; por Chalons, Langres, Metz y Coblenz, á las orillas del Rin; y en fin, á lo largo del Ródano hacia Marsella y los Pirineos.

Pero ante todo era preciso poseer los pasos entre la Galia é Italia. Un gran camino bordeaba ya la costa de Génova á Marsella, y los ligures montañeses establecidos por encima de este camino estaban vigilados por un oficial romano del orden ecuestre que se les enviaba todos los años. En los Alpes Cocianos reinaba un principelo, que viéndose amenazado, solicitó de suyo la amistad de Roma é hizo abrir para su pueblo la gran vía del monte Cenís.

El emperador se guardó bien de despojar á un príncipe tan manso y dócil, y Cocio conservó su árido reino y su pequeña capital Segusio (Suza), donde erigió un arco de triunfo en honor de Augusto.

Sin embargo, no sin prudencia, se fundó una nueva colonia en la falda de sus montañas, *Augusta Vagiennorum* (Saluces); *Augusta Taurinorum* (Turín) estaba ya establecida y fué reforzada, como convenía.

Más arriba, en el valle de Aosta, habitaba la belicosa tribu de los salases. Ya se les habían quitado sus minas de oro, situadas en el país bajo, y para tenerlos á raya se fun-

(1) Según una inscripción, para la custodia de la casa de monedas. *Cohors ad monetam. Rev. épigr. du midi de la France*, núm. 6, p. 95. Esta fábrica de moneda, que ha llegado en actividad hasta nuestros días, hizo que cesara el monedaje municipal que conservó la Galia desde César.

dó la colonia *Eporedia*. Pero como ocupaban siempre las alturas, desviaban las aguas ó las vendían á los arrendatarios de las minas. Y una vez hasta robaron los caudales del emperador, y con pretexto de trabajar en sus caminos y en los puentes de los ríos, hacían rodar sobre las tropas que pasaban enormes peñascos. Terencio Varrón los atacó el año 25; y después de su victoria vendió 44,000 salases, es decir todo el pueblo, imponiendo á los compradores la condición de conducir sus esclavos á países lejanos y no manumitirlos hasta pasados lo menos veinte años. Tres mil pretorianos se establecieron entonces en *Augusta Pratoria* (Aosta) y muy luego partieron de aquí dos caminos á Lyon por el grande y el pequeño San Bernardo. La capital romana de la Galia Cabelluda no se encontró ya sino á dos



Copia (2)

jornadas de Italia, adonde sus numerosos traficantes llevaban los géneros de la Galia, y la dichosa capital pudo tomar el sobrenombre de *Copia*, por la abundancia que hizo su prosperidad. Un acueducto de 84 kilómetros de longitud llevó allí del monte Pilat las puras aguas del Gier y del Janón.

Después (el año 14 a. J. C.) se sometieron los ligures cabelludos, y en la última cima de los Alpes Marítimos se elevó un gigantesco trofeo de mármol, que anunciaba desde muy lejos á los marinos que podían sin temor acercarse á aquella costa, tan terrible antes y ahora tan pacífica.

Hemos visto las hábiles disposiciones y medidas tomadas por Augusto para hacer la conquista moral de la Galia. Estas medidas dieron los resultados apetecidos: los hábitos cambiaron, y se borraron los recuerdos, no en todas partes, por supuesto, ni en todos los corazones; bastante, sin em-

(2) Estatua encontrada en Lyon, en 1846, representando la divinidad tutelar de la ciudad, simbolizada por el doble cuerno de la abundancia, ó la personificación de la misma ciudad. Comarmond, *Descr. des Ant.*, p. 9, núm. 101.



bargo, para que al cabo de algunas generaciones, aquella vieja raza hubiera tomado una nueva fisonomía. Un contemporáneo, Estrabón, atestigua sus esfuerzos para adelantar en la vía á que Augusto la llamaba. «En todos los parajes, dice, se mete en cultivo la tierra.» Y mientras los pobres trabajaban, los jóvenes nobles iban á servir como auxiliares á los campamentos romanos, donde perdían lo que les quedaba de galos, ó bien acudían á las escuelas, trocando las contiendas de la espada, ahora imposibles, por las del ingenio. Anticipándose á Roma misma las ciudades de la Galia fueron las primeras en Europa que establecieron curso público de estudios dirigidos por profesores retribuidos. Las ciudades de la Narbonense dieron el ejemplo y las demás lo siguieron, pudiendo luego la Galia enviar á Italia maestros de elocuencia latina.

Para protegerla contra agresiones de afuera y quitarle al mismo tiempo toda esperanza de socorro extraño, guardaban el Rin ocho legiones y una escuadra. En pocos años se construyeron á orillas del río más de cincuenta castillos, que vinieron á ser ciudades. Vigorosas expediciones rechazaron á los germanos al fondo de sus bosques y obligaron á tribus enteras á trasladarse á la orilla izquierda. De una sola vez estableció Tiberio en el bajo Rin cuarenta mil gubernos, cuyo nombre vino á ser más tarde el de Güeldres. Su hermano Druso llevó por medio de un canal el Ysel al Rin é impuso á los frisones un tributo anual de cueros ó pieles de buey. Al Sur, la flota de Frejus guardaba la frontera de mar y protegía contra los piratas el comercio de Marsella y de Narbona.

Augusto hizo el segundo viaje á la Galia nueve años después del primero. Había encargado á un gallo de nombre Licinio hacer la recaudación del impuesto, y este Licinio, antiguo esclavo, no veía en su encargo más que una ocasión de hacer fortuna, y la hacía con la audacia y cinismo de quien se sentía firme con el respetable apoyo de ocho legiones. El bueno del hombre quería que se le pagara por meses á duodécimas partes del impuesto, lo cual no era malo; aun lo hacemos así nosotros. Pero tal maña se daba en esto de cobrar dozavas partes, que con no poder pasar de doce, pues no son más los meses del año, venían á resultar catorce, doce para el tesoro y dos para su provecho.

A la llegada de Augusto, los galos pidieron justicia. El procurador, mozo de ingenio, vió el peligro; lleva al príncipe á su casa, le muestra su tesoro por tales mañas adquirido y le dice: «He aquí ¡oh Augusto! lo que he recogido para tí y para los romanos. Los galos se hubieran servido de este oro contra Roma: tómallo pues, que es tuyo.»

Augusto lo aceptó sin hacerse de rogar, y viendo á su enemigo despojado, todavía pudieron creer los galos en la justicia del príncipe. Esta vez no había aquí más que semi-justicia, y por poco no paga Augusto muy cara su complicidad con el agente infiel: otro gallo de ilustre origen, resolvió asesinarlo y lo siguió á los Alpes, esperando poder acercarse á él en algún paso peligroso y precipitarle al abismo. Luego confesó él mismo que la expresión tranquila del emperador le había quitado el aliento que antes lo impelió y animara.

De la Galia pasó Augusto á España, donde lo esperaban los mismos trabajos (26 a. J. C.). Atrincheros en sus ásperas montañas los astures y los cántabros, desafiaban audazmente el poder romano, y atacados por tierra y por mar, se resistieron un año entero hasta que los sometió el teniente imperial Antistio; sumisión precaria, porque tres años después fué preciso acometerlos de nuevo. Sólo Agripa, el año 19, pudo vencer su porfiada resistencia, habiendo he-

cho más su moderación en este empeño que todas las crueldades de sus predecesores. Los obligó á abandonar sus montañas, donde sopla siempre el aire de la libertad, y los estableció en la llanura bajo la mano de los oficiales del imperio. Un recuerdo de esta porfiada lucha se ha conservado en un canto vasco, probablemente muy antiguo sin ser del tiempo de esta guerra.

«Los extranjeros de Roma nos oprimen; pero Vizcaya alza su canto de victoria.

»Octavio dominador del mundo, Lecobidi vizcaíno;

»Por la parte del mar y por la parte de la tierra, nos cerca y estrecha.

»Para él las áridas llanuras, para nosotros los bosques y las cavernas de los montes.

»Pero ¡oh arca del pan, qué mal provista estás!

»Ellos tienen duras corazas; pero los cuerpos sin defensa son más ágiles.

»Cinco años, día y noche sin reposo, duró el cerco.

»Cuando caía uno de los nuestros, quince caían de ellos: ellos eran muchos; nosotros pocos.

»Al fin hicimos alianza. La ciudad del Tíber está asentada allá lejos; pero la fuerza de las grandes encinas se gasta al continuo trepar del pico» (1).

Los Pirineos como los Alpes occidentales estaban sometidos, y en España como en Galia se había extinguido todo foco de resistencia. Una nueva división cambió también por esta parte los antiguos hábitos de los pueblos. La Citerior, más ampliada, formó la Tarraconense, y la Ulterior se compartió en Lusitania y Bética. Esta, desde muy larga fecha, hacía en España el oficio que la Narbonense en Galia: no había otra cosa que hacer que secundar el movimiento que llevaba á esta provincia hacia las costumbres romanas. A ello ayudaban nuevas colonias, *Hispalis* (Sevilla), *Astigi* (Ecija), y algunos años después podía decir Estrabón: «Los indígenas de la Bética han adoptado absolutamente las costumbres y la manera de vivir de los romanos hasta el punto de haber olvidado su propia lengua. Muchos habían recibido ya el *ius Latii*; Augusto multiplicó las concesiones de este género y la mayoría lo poseen hoy. Tienen además muchas colonias; de modo que falta poco para que sean completamente romanos. Por eso se les llama togados, *togati*. Los celtíberos, cuyas costumbres eran en otro tiempo feroces, son de este número.»

Así la influencia romana ganaba el centro de España, sobre el cual obraba por tres partes á la vez, por la Bética al Sur, por las llanuras de Valencia al Este, y al Norte por el valle del Ebro, esa amplia puerta abierta sobre el Mediterráneo y la Italia. El Ebro, cuyas fuentes estaban cautivas desde la sumisión de Vizcaya, pasaba entre los muros de tres colonias recientes, Xelsa, Zaragoza y Tortosa (*Celsa*, *Cesar-Augusta* y *Dertosa*) y una cadena de puestos militares envolvía toda la región occidental. León y Astorga, *Legio Septima* y *Astúrica*, vigilaban á los astures; Braga (*Braccara*) á los gallegos, Evora á los lusitanos, Lisboa (*Olisippo*), Beja ó Badajoz (*Pax Augusta*) y Mérida (*Aug. Emerita*), su capital, que llegó á ser una de las más bellas ciudades del imperio, y cuyas ruinas bastarían para enriquecer un museo.

Las cuatro colonias que acabamos de mentar en último lugar no parecieron suficientes hasta que se hubo trasportado una parte de los lusitanos al Sur del Tajo, más cerca de la Bética y de la civilización romana. Los que se dejaron al Norte del río tuvieron que edificar allí ciudades.

(1) Fauriel, *Hist. de la Galia meridional*, II, p. 354 y apend. número 3.

«Ahora, dice Estrabón, cincuenta pueblos, siempre en armas antiguamente, viven allí en paz, mezclados con colonos italianos.»—«El bandolerismo ha desaparecido también,» añade Velejo Patérculo, refiriendo á Augusto el honor todo (1).

España ama la fuerza y la grandeza, aun adquiridas á su costa. César, á quien había combatido dos veces, era popular en España. Augusto pudo pues, sin ofender el sentimiento nacional, multiplicar allí los testimonios de su piedad para con su padre adoptivo. Las ciudades solicitaban de suyo el honor de cambiar su nombre por el del fundador del imperio. Y una se llamó la *Virtud*, otra la *Nobleza Juliana*; estas la *Gloria* y la *Constancia*; aquellas la *Felicidad* y la *Liberalidad* de César (2). Gades, como Mérida y otras muchas, tomó el nombre de Augusta, en honor del que pacificaba la tierra y la mar (3).

En efecto, puentes echados sobre los ríos, grandes caminos abiertos á través de las montañas, y más y mejor que esto, la acción de todas estas colonias, el gusto y goce del bienestar desarrollado entre los naturales y la vigilancia de las numerosas tropas que permanecían en el Norte y el Oeste de la península, garantizaron en todas partes una seguridad, de que se aprovechó la civilización. Solicitados por ella desde dos largos siglos atrás, hubieron de rechazarla estos pueblos con salvaje energía; pero ahora que han depuesto las armas se arrojan con avidez á sus brazos y en algunos años habrán ganado el tiempo perdido en luchas estériles, aunque heroicas.

¿No llevan la toga los celtíberos? ¿Podría reconocer ya Viriato en estos pacíficos labradores del valle del Tajo á aquellos fieros montañeses que imponían al senado la vergüenza de un tratado concluido entre ellos y el pueblo romano? «Entre los cántabros ha cesado toda guerra y los más feroces, lejos de molestar á sus vecinos, toman las armas por el imperio,» dice Estrabón.

La vida de un hombre bastó para obrar esta revolución. Así, reconocida España, le erigió altares y no quiso contar sino por la era de Augusto, que conservó hasta fines de la edad media.

Augusto estaba aún en España, cuando arregló los negocios del Africa occidental. Había fundado ya muchas colonias en esta región, y comenzado su organización en provincia, en el tiempo en que enviaba nuevos colonos á Cartago, á fin de que los moros y los húmidas quedaran entre dos focos de vida romana. Hallando á los moros demasiado bárbaros para someterlos á la regularidad de la administración imperial, les dió un gobierno indígena. Yuba, hijo del antiguo rey de Numidia, que se había educado en Roma en el culto de las letras y el respeto del poder romano, recibió por reino una parte del país de los gétulos y el de los moros al Oeste del *Misagras* (25) (4). Pero desde España vigilaban los romanos la Mauritania, que estaba por una parte de sus aprovisionamientos bajo la de-

(1) Vel. Paterc. II, 91. Esta organización de Galia y España no se terminó hasta el segundo viaje que Augusto hizo á Galia durante los años 15, 14 y 13 (Dion, LIV, 23 y 25). Estrabón atribuye á Tiberio la organización militar de la España Tarraconense y de la Lusitania.

(2) *Virtus Julia* (Itucci), *Claritas Julia* (Attulá), *Felicitas Julia* (Lisboa), *Liberalitas Julia* (Evora), etc.

(3) Plinio, *Hist. nat.* IV, 36. Cádiz hacía un activo comercio en el Océano y el Mediterráneo, y según testimonio de Estrabón, tenía, como Padua, nada menos que quinientos caballeros, es decir quinientos ciudadanos que poseían lo menos 400,000 sesteracios.

(4) El gran puerto de Salde entre Cesárea y el cabo Tretum marcaba la frontera de la Galia romana por la parte del nuevo reino (Estrabón, XVII, 3, 12 y 13).

pendencia de la Bética, como Marruecos lo está hoy de Gibraltar por los objetos de manufactura. Cerca de Tánger en la costa africana estaba situada la ciudad de Cilis. Augusto trasportó sus habitantes al otro lado del estrecho, á Algeciras, que colonizó con el nombre de *Colonia Julia transducta*.

Por lo demás, el nuevo rey no encontró súbditos muy dóciles. Indignados los gétulos de no estar ya gobernados por Roma, se sublevaron contra él en el año 5 de nuestra era; motivo que parecería singular, si en la misma época no se vieran otros pueblos que reclamaban su incorporación al imperio.

Los romanos tuvieron que marchar contra estos amigos demasiado celosos de la administración romana, y un general volvió de esta guerra con los honores triunfales y el sobrenombre de *Getulico* (5).

Este mismo año en que Augusto hizo un nuevo reino, deshizo otro en Asia. Amintas, rey de los gálatas, había muerto dejando hijos que lo sucedieran en el trono; pero este Estado, en el centro de las posesiones romanas, era entonces inútil para la policía de esta región, y Augusto redujo á provincia romana la Galacia (25).

Vencidos los astures y los salases, se halló ya el imperio libre de guerras. El templo de Jano se cerró por segunda vez (25), y los indios y escitas, cuyos países visitaban ahora anualmente los negociantes romanos, vinieron á prestar homenaje al jefe de aquel inmenso imperio que cifraba toda su gloria en los trabajos de la paz.

Organizadas ya la Galia, Africa y España, volvió Augusto á Roma á tomar el poder tribunicio de por vida. Se añadió á esto en conmemoración de sus últimas victorias, el derecho de llevar á perpetuidad, el primer día del año, la corona y la toga triunfal, y por un senadoconsulto se decretó la erección de un arco de triunfo en la cima de los Alpes.

Después de una residencia de dos años en la capital (24-22), comenzó por Sicilia la visita de las provincias orientales. «Allí lo ordenó todo,» dice su historiador. Tenía, en efecto, mucha necesidad de la presencia de Augusto. La guerra de Sexto había añadido nuevas ruinas á las de las antiguas guerras y la miseria reinaba en aquella fértil tierra. Augusto restableció á Catana y Centuripa y envió una colonia á Siracusa que estaba reducida de cinco cuarteles á uno solo, la Acradina.

De Sicilia pasó á Grecia. Citere pertenecía á cierto Euricles, hombre inicuo, que desde su roca insular se había hecho como el tirano de Laconia. Augusto lo desterró y dió su isla á los lacedemonios; y para honrarlos, se sentó á sus mesas públicas, única cosa que hubieran conservado de los antiguos tiempos. Pero quitó á los atenienses la Egina y la Eretria y les prohibió traficar á precio de dinero con su derecho de ciudadanía. Los unos eran castigados por sus lisonjas á Antonio; los otros recompensados por el asilo que habían ofrecido á Livia fugitiva con su primer esposo, las proscripciones y los triunviros. Sin embargo, separó de la jurisdicción de Esparta veintidós villajos, cuyos habitantes, los eleuterolaconios, fueron los primeros que se entregaron á los romanos en las antiguas guerras. Corinto recibió de él nuevos colonos, porque le importaba levantar á una ciudad que servía de depósito entre los dos

(5) Dion, LV, 28. Yuba se hizo construir un sepulcro por el modelo del *Madrasen*, monumento que existe todavía con la denominación de *sepulcro de la Cristianx*. Es un cilindro bajo, que termina en un cono truncado, en que se cuentan aún cuarenta y dos escalones. El diámetro de la base tiene 64 metros, y su altura 33. En su origen acaso tuviera 10 más.